



Jorge Carrión
Los turistas



Galaxia Gutenberg

© Lisbeth Salas

Jorge Carrión

(Tarragona, 1976) es escritor y doctor en Humanidades por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, donde da clases de literatura contemporánea y escritura creativa. Colabora en varios medios de España y América Latina. Ha publicado los ensayos *Viaje contra espacio* (2009), *Teleshakespeare* (2011) y *Librerías* (finalista del premio Anagrama de Ensayo, 2013); y varios libros de viajes, como *La brújula* (2006), *GR-83* (2007), *Australia* (2008) y *Crónica de viaje* (2014). Con *Los turistas* –que puede leerse de modo independiente– concluye una de las trilogías más ambiciosas de la narrativa reciente, que comenzó con *Los muertos* (premio del Festival de Chambéry: «Primera y prodigiosa novela», Jordi Costa, *El País*; «El experimento literario más peculiar desde quizá Rayuela de Julio Cortázar», Alejandro Flores, *El Economista*; «Ésta es la literatura del futuro», Pedro Pujante, *La tormenta en un vaso*) y prosiguió con *Los huérfanos* («Confirma los singulares dones y curiosidad sin límites de un autor cuyos logros están a la altura de su ambición», Juan Goytisolo, *Babelia*; «Formula preguntas y a la vez ensaya respuestas a cómo seguir narrando en un siglo XXI saturado como nunca de historias», Antonio Lozano, *Cultura/s de La Vanguardia*), ambas novelas publicadas por Galaxia Gutenberg.

Vincent lleva diez años pasando los días en el aeropuerto de Heathrow, donde estudia a la gente y trata de adivinar sus vidas. Un día todo cambia. Pasa ante él una anciana muy misteriosa, que no se deja interpretar. Sin saber por qué comienza a perseguirla por destinos turísticos de todo el mundo, de Ámsterdam a La Habana, de Barcelona a Sudáfrica. Su demencial persecución le permitirá enfrentarse al duelo y conocer a todo tipo de personajes, desde el joven George hasta la torturada Andrea, pasando por la sensual Catia o el mismísimo Harrison Ford.

Ambientada en pleno cambio del siglo xx al siglo xxi, *Los turistas* es una poderosa novela sobre viajeros que buscan su identidad y sobre cómo la ficción no nos salva, pero nos alivia.

«Jorge Carrión es uno de los autores que anuncian el turno del relevo»

Julio Ortega, *Babelia*

«La partida de ajedrez literario que propone Carrión es un canto de amor a la palabra, a la lectura, a la escritura sin destierro.»

Tino Pertierra, *La Nueva España*

«Un escritor que explora nuevas fórmulas. Y un lector crónico.»

Tereixa Consteila, *El País*

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2015

© Jorge Carrión, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015
Ilustración de portada: *Lost people* © Xevi Vilaró, 2010

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 26111-2014
ISBN: 978-84-16252-59-6

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Para Francesco

«Cuántas sandalias desgastó Alighieri en el curso de su labor poética por los senderos de cabras de Italia. El *Infierno*, y sobre todo el *Purgatorio*, glorifican la andadura humana, la medida y el ritmo de la marcha, el pie y la forma. El paso, asociado a la respiración y saturado de pensamiento: esto es lo que Dante entiende como comienzo de la prosodia.»

OSIP MANDELSTAM
Coloquio sobre Dante

LA MUJER DE LA MULTITUD

«Huella y aura.
La huella es la aparición de una cercanía
por lejos que pueda estar lo que la dejó atrás.
El aura es la aparición de una lejanía,
por cerca que pueda estar lo que la provoca.
En la huella nos hacemos con la cosa;
en el aura es ella la que se apodera de nosotros.»

WALTER BENJAMIN
Libro de los pasajes

Como cada mañana, se dispone a pasar la jornada en el aeropuerto, estudiando a los pasajeros, desentrañando el enigma de sus rostros, viéndolos subir en aviones hacia destinos cercanos o remotos, qué más da, móviles ajenos a su destino inmóvil.

La carburación del motor se apaga como sus pensamientos. Anthony pone el freno de mano, coge del otro asiento la cartera de piel negra que se recorta sobre la tapicería beige, desciende ágilmente del Jaguar y, mientras se cerciora de que todo está bajo control, abre la puerta de su pasajero. De perfil, su chófer siempre le ha recordado a un actor de su infancia, uno de esos secundarios en blanco y negro de películas de intriga, no tanto el mayordomo como el vecino sin una sola línea de guión. Desnudo de la gorra que siempre llevó Ian, su padre, con el cabello meticulosamente peinado con raya al lado y con su metro noventa de estatura, deben de pensar que es su guardaespaldas, esos curiosos que se han girado para admirar la superficie bruñida del automóvil y su célebre felino plateado, como si precisara de protección la rutina que es su vida.

—Aquí tiene, señor Van der Roy —le dice Anthony mientras le entrega la cartera.

—Gracias, querido, nos vemos a las seis en punto, como siempre.

Aún resuena el chasquido de la puerta al cerrarse cuando el chófer ya ha regresado al lugar que le corresponde y el motor, a su música ronca. La escucha alejarse. Sólo al ver

que un taxi ocupa el aparcamiento que había quedado vacante se da cuenta de que el silencio de la mansión rodeada de prados y la melodía motorizada del trayecto en el viejo vehículo han sido, al fin, sustituidos por el ajetreo de la muchedumbre. El aeropuerto de Heathrow es megafonía, bocinas, pasos, ruedas que se arrastran sobre el pavimento, voces, gritos; altavoces, coches, pies, maletas, bocas, frenesí en movimiento.

Atraviesa la puerta automática y se dirige hacia el mostrador de primera clase de British Airways. Tras atender a un joven ejecutivo que vuela a Bruselas, la azafata sonrío tras levantar la mirada:

–¡Señor Van der Roy! ¡Qué alegría volver a verle!

–Lo mismo digo, Sally, ¿cómo ha ido la convalecencia?

–Ha sido dura, no lo voy a negar –la sonrisa se esfuma del rostro de la mujer, cuyas arrugas son disimuladas por el maquillaje–, hoy hace justo un año del accidente, pero lo importante es que me he recuperado y he vuelto a mi puesto... Recibí sus flores, preciosas, y aquel tren de juguete tan, pero tan especial, señor Van der Roy –se miran a los ojos–, Herman, los niños y yo se lo agradecemos de corazón.

–Voy a echar de menos a Jodie, pero no menos de lo que te he echado de menos a ti. Un año no puede competir con una década –dice Vincent.

Tras introducir el código de su British Gold Card, la azafata le entrega la tarjeta de embarque y se despiden.

En el umbral del detector de metales, el guardia de seguridad le saluda también por su apellido y le permite pasar sin que introduzca en el escáner la cartera ni la americana negra. Permanece quieto en la escalera mecánica que desciende. Para ser un viernes de noviembre a las nueve de la mañana, el aeropuerto no registra demasiada actividad. Sólo el local de McDonald's y el establecimiento de Harrods, como es habitual, acumulan personas en tránsito. No hay nadie en el Coleridge's Tabern ni en el Bistró de Mont-

martre ni en las tiendas de corbatas, bolsos, perlas, pañuelos de seda, relojes, plumas estilográficas. La chica del mostrador de Parker, cabizbaja como siempre. Sólo tres mesas de The Red Baron están ocupadas: él se sienta a la más cercana a la barra y a la puerta, junto a la vidriera que separa el pub del resto de la terminal.

—Una mañana tranquila, Albert —dice mientras el camarero retira del tablero el cartel de *Reservada* y coge la americana que él le estaba tendiendo.

—¿Lo de siempre, señor?

Asiente y saca de la cartera *The Times* y *The Wall Street Journal*. Acompañará la lectura de pequeños sorbos de café, pero no probará las tostadas, los huevos revueltos levemente salpimentados ni el zumo de naranja hasta las diez y cuarto, tras haber leído la segunda contraportada y haberle entregado al camarero ambos diarios. Entonces, mientras se lleve el tenedor o el vaso a la boca, su mirada comenzará a atravesar el cristal, primero con voluntad panorámica, pero enseguida moviéndose como un foco en busca de una cara sospechosa que interrogar. Porque ésa es la razón por la que acude cada mañana a ese rincón del aeropuerto, porque es el mejor observatorio de la especie humana, el lugar óptimo para colmar su necesidad de escrutinio.

A unos treinta metros, justo enfrente suyo, una familia árabe dormita en la segunda fila de butacas: el padre, sentado en el centro, ronca con una manta marrón doblada entre las manos; sus tres esposas, que se han recostado discretamente y han puesto los pies sobre el equipaje, muestran los ojos por el resquicio entre el velo color arcilla y el *litam*, cuyo extremo inferior ha sido exquisitamente bordado; los cuatro niños, con las cabezas apoyadas en sus mochilas, duermen en el suelo. Descalzos. Han llegado en el vuelo de las cinco y cuarto de la madrugada desde El Cairo, como tantos otros antes que ellos, y hasta las doce no es su conexión hacia Glasgow, Edimburgo, Manchester o Liverpool, la ciudad en que vivan. ¿A qué han ido? ¿De

vacaciones? Podría ser: sólo así se explica que se haya desplazado la familia al completo. Tal vez hayan visitado a los abuelos. En la mano derecha de la única niña hay cenefas de *henna* y, bajo el brazo, su hermano mayor sostiene un balón de plástico que parece nuevo. En efecto, han sido vacaciones; pero tal vez esa motivación se haya entremezclado con alguna otra. El padre de familia es un hombre muy religioso: durante años, probablemente antes de emigrar, golpeó con la frente la alfombra de la oración hasta que logró ostentar en ella ese callo que recuerda a una verruga. Le llaman *zibziba*, leyó en un extenso reportaje sobre el mundo islámico del fin de semana pasado. Un fanático no invierte tres mil libras en un viaje de placer, sobre todo si no ha podido cambiar en muchos años su juego de maletas, pese a las ruedecillas rotas y esa asa descosida.

Tiene que existir otra razón y se encuentra ahí, en la segunda fila de butacas, ante esos ojos que insisten en los detalles del enigma, que escudriñan al compás del ligero ronquido la chilaba pálida, las túnicas de colores terrosos, los velos, las maletas y bultos, las manos, los ojos cerrados, los pies desnudos. Esa zapatilla, apoyada en una caja de cartón precintada, enseña parte del talón, porque está descajada. Por supuesto, qué tonto es, cómo no lo ha descubierto antes: la tercera mujer no es esposa, sino hija. Una adolescente de cuerpo menudo que en ese preciso instante se despierta y lo mira, como si hubiera sentido que había sido descubierta y toda esa ropa negra no fuera capaz de neutralizar la sensación de desamparo y transparencia. Antes del viaje todavía podía llevar pantalones cortos y sandalias, participar en los juegos de sus hermanos, dormir en el suelo, corretear descalza. Ahora es mujer. Se pone bien la zapatilla; baja las piernas. Hay vergüenza en esos iris castaños, pero sobre todo hay miedo. ¿A qué puede deberse? Desde siempre la prepararon para esta nueva etapa que ahora enfrenta, de modo que esa expresión no puede ser causada tan sólo porque empieza su primer invierno como

persona adulta y en el colegio sus amigas británicas continuarán mostrando sus melenas y se pondrán piercings y comenzarán a beber cerveza en el parque y a fumar a escondidas y ella no podrá participar en todo ello, no, a ella todo eso no le importa ni le interesa. Hay algo más, qué será, algo para lo que no estaba preparada y que ha sacudido la estructura de sus huesos, el mapa de su vida. Su padre es un buen musulmán. La ablación se practica en Egipto desde la época de los faraones, pero si la mutilaron, fue hace tiempo, en un viaje anterior. Tiene que ser otra cosa, pero qué, por Dios, qué puede unir esa huella con aquello que la causó y que se ha quedado en alguna coordenada de Oriente Próximo.

Los miembros de la familia árabe se han ido despertando e incorporando y, en cuanto los altavoces han anunciado el embarque del vuelo hacia Edimburgo, el patriarca ha dirigido al grupo hacia la puerta veintidós. La adolescente disimula, pero sigue mirando a Vincent. Sus ojos castaños se clavan en los ojos grises que la observan desde la mesa del pub. Justo antes de que ella se vuelva y su mirada desaparezca en la distancia, él imagina a un hombre de la edad del padre y de la suya propia, un hombre de barba y *zibziba*, muy gordo, que suda, y sabe a ciencia cierta que la han comprometido con él, que la próxima vez que vuelva esa adolescente a Egipto será para asistir a su propia boda.

—¿Le retiro el plato, señor Van der Roy? —le pregunta Albert, hace mucho que terminó su desayuno y se avecina la hora del almuerzo—. Hoy tenemos bistec de buey con guisantes y puré de patata; o rape a la marinera.

—Tomaré el rape.

En su rincón, a menudo piensa que la multitud es el cadáver de un dinosaurio abierto en canal: sus entrañas. Un laberinto que regurgita aún, porque no ha dejado todavía de ser irrigado por los litros de sangre que alimentan sus latidos. Si alguien sangra es que todavía no ha muerto. Una

virulenta y antiquísima maraña de jeroglíficos que esperan su traducción al idioma de nuestra época.

Desde que desapareció la familia árabe, ha identificado a medio centenar de transeúntes y a dos parejas de las butacas. Porque lo normal es disponer de no más de siete segundos, diez o doce si se distraen, se atan los cordones de los zapatos, para adivinar quién es quién; son pocos los que llegan con tiempo y pueden sentarse a leer una novela o una revista, tomarse una bebida del McDonald's, charlar un rato o echar una cabezada. No fue difícil descubrir, gracias a aquella *Lonely Planet* de las Maldivas, que la primera pareja iba de viaje de novios; y que la segunda atravesaba un momento difícil, la muerte de un hijo, tal vez un aborto, a juzgar por las manos de ella, siempre a la altura del vientre, y por el luto de las ropas de ambos. Los transeúntes, en cambio, no dan ninguna facilidad. Hay que analizarlos a ritmo de vértigo. Observar el peinado, las arrugas de la frente, los ojos, las lentillas o gafas, las ojeras, los pendientes, el maquillaje discreto o estridente, dosificado o desperdiciado, los pómulos, los labios, el hoyuelo de la barbilla, si un collar o una corbata adornan o presionan el cuello, cuán inclinados están sus hombros, la marca de la camisa o de la blusa, los colores de la ropa, naturales o artificiosos, hasta qué punto la talla o el corte de la chaqueta o de la americana son los adecuados, la antigüedad de la vestimenta, si van o no a la moda, el movimiento de los dedos de las manos y las uñas mordidas o pintadas, cómo avanzan las piernas, si oscilan o no las caderas, qué significan en el marco de los gestos y del porte esos zapatos y esos pasos. Cuando viajan en grupo, es importante observar el conjunto, porque los amigos, las novias, los padres, los compañeros de trabajo siempre ostentan rasgos en común con el sujeto analizado. El veredicto tiene que ser instantáneo.

Hasta las once, entre semana, abundan los hombres de negocios, los agentes de bolsa y los políticos en misión internacional, que se entremezclan con estudiantes, parejas